

La crisis internacional y los países en desarrollo

Entre las múltiples consecuencias de la crisis internacional, que básicamente se vincula con la inexistencia de un régimen internacional legitimado por los principales protagonistas de la vida internacional, se destaca la paulatina erosión del peso político de los países en desarrollo.

Identificar las causas de este fenómeno debería ser un ejercicio intelectual obligado para quienes padecen la declinación aludida. Sin embargo, lamentablemente, parece habersele otorgado mayor relevancia a la denuncia y a la búsqueda de culpables en los países industrializados. El esclarecimiento, la identificación y la caracterización de los problemas que el mundo en desarrollo "importa" no es suficiente en la medida que también corresponde el análisis de los restantes factores que intervienen, y contribuyen, a la declinación diplomática de estos países.

Entre estos factores quisiéramos referirnos, muy brevemente, al problema de los diagnósticos. En efecto, los países en desarrollo durante años vivieron convencidos de que el crecimiento era administrable y que, consecuentemente, la lucha contra el subdesarrollo era cuestión de arbitrar y asignar recursos a través de un Estado que debía hacer funcionar la compleja ingeniería social puesta al servicio de un proyecto reformista. Simultáneamente existía un diagnóstico internacional que se apoyaba en elementos estáticos, en la medida que se imaginaba inmutable la estructura del régimen internacional y se proyectaba un crecimiento lineal y sostenido de la economía internacional. Había aquí una conducta ambivalente en la medida que se cuestionaban ciertos abusos, que el régimen internacional concedía a las superpotencias, pero se aceptaban los usos del sistema. Detrás de esta conducta subyacía la creencia en las posibilidades de irradiación de la riqueza y del crecimiento para los países en desarrollo, en la medida que ellos supieran aprovechar las condiciones internacionales prevaletentes y el potencial de los respectivos mercados nacionales.

La posesión y utilización de diagnósticos internacionales des-

acompañados con la realidad, finalmente operó como una variable reductora de los procesos de desarrollo y de reforma encarados por estos países. América Latina ocupó una penosa jerarquía, en la medida que nuestros países fueron quienes más apostaron al mantenimiento del marco externo estático. Los países africanos, dada su relación directa con Europa a través de esquemas del tipo de la convención de Lomé, se mantuvieron ligados a uno de los centros dinámicos, como lo era la Europa de los años 60. Los países asiáticos supieron adaptar sus marcos de referencia externos y así lograron captar la importancia de los cambios tecnológicos y las inversiones de los países que rechazaron la opción de importar mano de obra inmigrante invirtiendo —para bajar costos— en los países asiáticos, mientras América Latina se enfrascaba en un discurso anti-inversión extranjera. Finalmente los países productores de petróleo también supieron aprovechar las circunstancias, decidiendo la cuadruplicación de los precios del petróleo en aquel recordado 1973.

En las presentes circunstancias, la anomia internacional de los países en desarrollo no sólo se refleja en la ausencia de protagonistas sino también en la impotencia que ellos registran para zafar la *impasse* de los diálogos multilaterales Norte-Sur. Ni el grupo de los 77, ni el movimiento de países no-alineados han logrado recomponerse luego de los sucesivos fracasos del llamado "Diálogo Norte-Sur" y en particular de las últimas reuniones UNCTAD. La apelación a viejas ideas indican la gravedad del problema, la crisis de los diagnósticos y de las terapias. Una sensación de incredulidad generalizada azota a todos estos países que habiendo inmolado mitos y paradigmas no han sabido —o podido— encontrarse con nuevos paradigmas. Sugestivamente, así como en las respectivas sociedades nacionales la crisis conduce al repliegue de los ciudadanos hacia la vida privada —en desmedro de la vocación por lo público—, a nivel internacional las regiones y los países también se han replegado, a pesar de la existencia de una progresiva interdependencia que liga a algunos circuitos, que se transnacionalizan, pero que no abarcan la totalidad de la agencia política-económica.

Este repliegue del bloque de países en desarrollo de ninguna manera puede interpretarse como un repliegue de los países, ya que muchos de ellos han mantenido, aún en circunstancias adversas, su protagonismo en el tablero internacional. Lo que ha sucedido es que la diplomacia multilateral ha entrado en letargo y ello se debe, básicamente; a que la arquitectura de esa diplomacia estuvo concebida al amparo de un régimen internacional, el de la postguerra, y si bien el espíritu que inspiró a las Naciones Unidas difería del clímax de la guerra fría, la organización pudo mantenerse en la medida que el bloque liderado por los Estados Unidos le suministró legitimidad.

REACCIONES FRENTE A LA CRISIS

La crisis de la economía internacional y el marcado agravamiento de las tensiones Este-Oeste ha provocado, en el mundo en desarrollo, perplejidades de todo tipo. A nivel interno estos países fueron adoptando distintas orientaciones, unos postergaron los ajustes económicos, otros apostaron a que la *détente* finalmente se salvaría y finalmente la mayoría de los países en desarrollo le atribuyeron al Diálogo Norte-Sur un potencial diplomático que finalmente no se correspondió con la realidad.

También aquí se advierte un déficit de diagnóstico en la medida que los países en desarrollo no alcanzaron a percibir las tendencias profundas que estaban operando en el sistema internacional, a partir de la primera mitad de la década de los 70. Así se aceptó, a "libro cerrado", el supuesto central que respaldaba a la batería analítica de la época; la crisis —se pensaba— era de corta duración y cuando se saliera de ella el mundo volvería a reencontrarse con el crecimiento. Consecuentemente, si la crisis era corta, lo que realmente convenía era esperar de la mejor manera. Así fue más fácil endeudarse, tentados por las ofertas también irresponsables de los banqueros, que analizar a fondo el verdadero significado de una mutación que estaba desarrollándose, bajo el imperio de nuevas tecnologías, y en donde sectores industriales enteros caían en letargo originando desempleo, proteccionismo, crisis social y el desplazamiento de regiones y países, en beneficio de otros sectores industriales, de otras regiones y de otros países.

En el orden de lo político también hubo fallas; así, cuando de la *détente* sólo quedaban cenizas, en muchos diagnósticos elaborados en el Sur —ora en gobiernos, ora en el mundo académico— se le atribuía vigencia. De esta forma no se interpretaron, ni se previeron, las implicancias de un nuevo ciclo de conflictos en las relaciones entre Washington y Moscú. Así también no se desentrañó el sentido ni las derivaciones del fenómeno neo-conservador que encarnaban jefes de estado como Reagan y Thatcher. Simultáneamente no se advertía la naturaleza del régimen soviético, cada vez más alejado de los días en donde reinaban los hombres del Partido y cada día más dependiente de una alianza formada por militares, policía y diplomáticos.

En materia de escenarios geográficos faltó también precisión, en la medida que se ignoró que Europa estaba perdiendo la carrera tecnológica, que el Este americano estaba siendo desplazado por el Oeste en el orden de la producción de riquezas y que en el Pacífico se estaba constituyendo un nuevo polo donde se integran mercados, materias primas y tecnologías alrededor de un espacio que agrupa la mitad de la población mundial y cerca del 50% del producto bruto mundial.

De forma desordenada y hasta casi imperceptible, cada región —y dentro de ellas cada país— trató de acomodarse a las nuevas circunstancias. De allí que no es raro encontrar, a partir de la segunda parte de la década de los '70, indicios de comportamientos diplomáticos contradictorios y ambiguos dentro del mundo en desarrollo. Por un lado todos adhieren a los consensos, trabajosamente obtenidos, del grupo de los 77 y del Movimiento de Países No-Alineados; sin embargo ello no impide que en el plano de la diplomacia bilateral los mismos países busquen otro tipo de soluciones para sus problemas. En tal sentido las raíces de este comportamiento se vinculan con las posibilidades reales que cada país en desarrollo posee de entrar en diálogo con algunos países industrializados. Así, no es casual advertir crecientes disensos en el orden de los grandes temas en discusión dentro de la agenda internacional; para el África —por ejemplo— el problema de la deuda externa posee una dimensión que difiere, sensiblemente, con la percepción y la vivencia latinoamericana. Lo mismo puede sostenerse de los países asiáticos en la medida que ellos también poseen prioridades, como las vinculadas a los temas del comercio internacional; las inversiones extranjeras; abastecimiento de insumos; implicancias de conflictos políticos —como el de la península de Indochina— y religiosos, por ejemplo, la expansión del islamismo, etc.

El comportamiento diferenciado del mundo en desarrollo es aún más evidente si se apela a la evolución del intercambio comercial Norte-Sur. En 1982 y 1983 algunos países en desarrollo, más precisamente los llamados “nuevos países industrializados”, lograron excelentes desempeños en la colocación de productos manufacturados y particularmente en los Estados Unidos. Debido a la reactivación americana, y a la paridad cambiaria, en 1983 se incrementaron en un 12,5% las importaciones de manufacturas, participando los países en desarrollo en un 50% de ese total (9.000 millones de dólares de incremento). Asegurándose el 28% de las importaciones, los países en desarrollo lideran la lista de proveedores de los Estados Unidos para productos manufacturados, aún por encima del propio Japón. Respecto de las ventas de los países del Sur hacia el mercado europeo, el progreso también es notorio, aunque a escala muy inferior.

Esta “lectura optimista” del comportamiento de los países en desarrollo no es correcta si no se la desagrega. En efecto, estos éxitos comerciales están fuertemente concentrados en algunos países, lo que contribuye a la heterogeneidad del bloque de países del Sur. Así, por ejemplo, Corea del Sur y Singapur encabezan en términos generales y otros países ostentan interesantes desempeños sectoriales, como México en productos siderúrgicos; Filipinas en semiconductores y productos de informática; Brasil en armamentos; etc.

El segundo nivel de desagregación encuentra su explicación en el papel de las empresas multinacionales. Más allá del innegable

éxito comercial, resulta insoslayable el fenómeno del intercambio inter-firmas. Así, el ingreso de productos al mercado norteamericano está muy vinculado al circuito de producción y de comercialización de empresas de esa nacionalidad. Estas empresas tienen un marcado interés —sobre todo en plena “guerra comercial”— en vincular mano de obra barata y equipamiento moderno. La participación creciente de Singapur, Filipinas y Hong-Kong en circuitos integrados, material de informática y semiconductores, muestra una afiatada simbiosis entre ambos términos, mano de obra y nuevas tecnologías

Además del intercambio intrafirmas sobresale, también, el progreso simultáneo de grandes grupos económicos locales. Estas empresas tienen una alta participación en la exportación, de estos países en desarrollo, de productos siderúrgicos; textil; rubros de electrodomésticos; construcción naval, etc. Concluyendo con el tema de las heterogeneidades del mundo en desarrollo, siempre en el orden de lo económico, ya que en materia política las brechas son aún mayores, no podemos dejar de señalar la debilidad de esta performance en la medida que ella se basa, en gran medida, en el mercado americano y allí surge una duda: ¿cederá el Presidente Reagan a las presiones proteccionistas?

COMPORTAMIENTOS REGIONALES

Sin trabajar en favor del incremento de los clivajes Sur-Sur, sino tratando de comprender el mapa internacional y considerando fundamental dicho ejercicio, creemos necesario un breve relevamiento que permita conocer dónde y en qué están las expresiones regionales que conforman África, América Latina y Asia.

África

Una doble lectura, política y económica, nos conduce a constatar la declinación diplomática africana. En el orden de lo económico sólo basta con la referencia a las cifras que brinda el Banco Mundial, de donde se extrae una dramática constatación: el PIB per cápita a 1983 era más bajo que el de los años '60. El deterioro económico es global, pero se destaca el retroceso del sector agrícola; la caída de los términos de intercambio; el fracaso del modelo de desarrollo y las consecuencias del recorte en los fondos de ayuda concesionales.

El deterioro agrícola africano está directamente vinculado con el modelo de crecimiento privilegiado por las élites africanas, el cual se apoyó en un esquema de industrialización. El desfase provocado por los subsidios al sector industrial y urbano (vía la alimentación barata y la expulsión de mano de obra desde el campo a las

ciudades) terminó asfixiando a la agricultura, ora a la dedicada al mercado externo —debido a las elevadas retenciones— ora a la agricultura abastecedora local de alimentos. Simultáneamente la industrialización encontró su “techo” rápidamente en la medida de la exigüidad de los mercados nacionales (24 países están poblados por menos de cinco millones de habitantes). Esta restricción pudo haber sido compensada por mecanismos de integración económica, pero la escasa complementariedad de las economías africanas conspiró e hizo fracasar la mayor parte de los proyectos de integración.

Finalmente, siempre en el orden de lo económico, cabe introducir la variable financiera. La ayuda concesional, de la cual África siempre dependió, se vio resentida en la medida que el Banco Mundial vio limitados sus recursos. Las limitaciones presupuestarias debidas al problema de las contribuciones de la Asociación Internacional para el Desarrollo, también afectaron otra fuente importante de asistencia, en un contexto internacional donde han “caído las acciones” de la cooperación. En cuanto a la prometida ayuda financiera de la OPEP, ella nunca alcanzó las cifras prometidas, aún en plena bonanza petrolera, y ahora con precios deprimidos esa fuente se ha cerrado definitivamente para el África. Los países árabes sólo realizan una pequeña ayuda puntual a los países africanos islámicos, de allí el giro pro-Israel de algunos gobiernos como el del Zaire y Liberia.

En el orden de lo político, la crisis económica y el agravamiento de las tensiones Este-Oeste ha contribuido al incremento de la inseguridad y la inestabilidad. Las tendencias hacia la desintegración proliferan y sólo basta citar los casos de Etiopía, Chad, Sudán, Zaire, Angola, Kenia, Uganda y Zimbabwe. Los conflictos étnicos también han crecido al amparo de la crisis, y a través de ellos se establece otro canal de interconexiones entre los problemas locales y la intervención de las superpotencias (conflictos Zaire vs. Angola, Somalia vs. Etiopía; Libia vs. Chad; Kenia vs. Somalia; etc.).

Esta inestabilidad repercute sobre los presupuestos militares; así, en 1970 África (excluyendo Libia y Egipto) gastó en armamentos 175 millones de dólares y en 1979 esa cifra creció a 2.300 millones de dólares. En 1968 África participó en sólo el 7% de las compras de armas del mundo en desarrollo, pero en 1978 esa participación se incrementó pasando al 32%. Estas magnitudes de gastos no sólo reflejan una realidad sino que, a la vez, indican la participación de África en la agenda Este-Oeste. Ello es así en la medida que gran parte de dichas compras se vinculan con la incrementada participación de la Unión Soviética en un continente en donde ella fracasó en los años '50 y '60 (Ghana, Guinea, Malí y Congo) y al cual retornó exitosamente en los años 70. Esta renovada intervención de la Unión Soviética no puede desvincularse de la consolidación del poder naval de la URSS (decisivo en los sucesos de Angola) y del

vacío ocasionado por la retirada de Portugal y por la caída del Emperador etíope H. Selassie.

Finalmente cabe citar un dato actual, y relevante, en donde se vinculan los aspectos económicos y políticos. Nos referimos a los crecientes sucesos que tienen como actores a Sudáfrica y a regímenes africanos ideológicamente enfrentados con Pretoria, económicamente exhaustos y que han debido negociar con Sudáfrica: se trata de Angola y Mozambique. De esta forma el peso militar y económico del régimen racista han logrado un éxito diplomático notorio que le permite al Primer Ministro sudafricano Botha zafar el bloqueo internacional, como viene de demostrarlo en su reciente gira europea, a cuyo regreso fue recibido como un triunfador por una población blanca que utiliza la fuerza y la negociación, mientras ensaya tibias reformas a un régimen éticamente condenable. Concluyendo, los vientos de crisis han replegado al África y la han alejado de los sueños que animaron a los líderes de la descolonización. África vive hoy la hora de la crisis económica y del realismo político.

América Latina

La situación de América Latina en el sistema internacional está fuertemente condicionada por los conflictos y las crisis que la afectan y que no tienen mucha correspondencia con los problemas y preocupaciones que afectan al África y a los países asiáticos. De allí la escasa audiencia que hoy poseen en la región las propuestas de cooperación Sur-Sur. Todos coinciden que ella es necesaria, pero también todo hace pensar que en América Latina existe un paso previo y necesario: la cooperación intrarregional.

Una primera lectura político-económica de Latinoamérica pone en evidencia la presencia de una tríada de problemas que condicionan y limitan sus movimientos diplomáticos. En efecto, la deuda externa, el conflicto de América Central y la difícil transición política que tiene lugar (y que está en vías de ampliación luego de las elecciones uruguayas y brasileñas) en América del Sur, constituyen los problemas centrales de la agenda regional.

Los conflictos que agitan a América Central son pasibles de múltiples análisis, pero entre sus diversas facetas se destaca, al menos, un par de consecuencias relevantes. En primer lugar, dada la notoria injerencia de ambas superpotencias en el conflicto centroamericano —una que tradicionalmente ejerció allí influencia y la otra que aprovecha sutilmente los espacios para expandirse—, éste ha sido introducido en la agenda del conflicto Este-Oeste y ya se sabe cuán difícil resulta luego extraerlo de ella. A pesar de los esfuerzos del Grupo de Contadora, de las elecciones salvadoreñas y de las elecciones guatemaltecas, no caben dudas acerca de la prolongación

del conflicto en la medida que la administración Reagan y el gobierno sandinista de Nicaragua no arriben a un *modus vivendi* que, para ser viable, debe diferir del *modus vivendi* que existe entre Cuba y Estados Unidos. Todo hace pensar que existen puntos de fricción y ellos se vinculan con la política exterior y el tipo de modelo societal que para Washington debe incluir el pluralismo social. En segundo lugar la presencia de la dimensión Este-Oeste no sólo traslada la decisión a niveles extrarregionales sino que también fractura a la propia América Latina; ello es así en la medida que difícilmente pueda incluirse a la subregión centroamericana en un proyecto de reactivación de la cooperación y de la integración latinoamericana. En verdad, las prioridades difieren y los problemas también, sólo a través de la consolidación de un polo de poder latinoamericano (que debería incluir a México, Brasil, Argentina y Venezuela como promotores) será posible atraer a América Central nuevamente hacia la región. Haciendo analogías con Europa, sólo un esquema de defensa europeo puede ser una alternativa al pacifismo y servir de arrastre a países que ya parecen haber renegado de la integración y de la defensa (como el caso de Dinamarca).

El problema de la deuda es un problema común a la región, pero obviamente se concentra en los deudores más significativos que accediendo en los '70 al mercado de capitales destinado, cada uno de esos países, esos recursos ora a la capitalización —México y Brasil—, ora al gasto improductivo —el drama argentino—. No viene al caso introducimos en un tema que ha suscitado numerosos análisis y debates, pero sí es necesario colocar el problema en otra dimensión. La cuestión central pasa, a nuestro entender, en analizar las consecuencias políticas, económicas y estratégicas de aplicarse la metodología clásica de repagos. Todo hace pensar que la propuesta ortodoxa —pensaba para otras épocas— condenaría a nuestros países a clivajes sociales tan profundos que harían imposible la sobrevivencia de formas democráticas, razonablemente moderadas y reformistas, de gobierno. La misma inflación, que tanto desvela a las capillas de la ortodoxia, será invencible en la medida que la pugna por el excedente conducirá a exacerbar los comportamientos sociales en países que deberían consagrar casi la mitad de sus ahorros netos al pago de los intereses de las abultadas deudas.

Finalmente la deuda se ha politizado y esta es una realidad innegable. En los años '70 se sucedieron numerosas doctrinas que trataban de explicar la naturaleza de los problemas. Así conocimos las concepciones que cargaban al crecimiento a la cuenta de la inflación; la creencia en las virtudes equilibrantes de las paridades flotantes y luego las concepciones monetaristas, la crisis de los diagnósticos, y las terapias, y la persistencia de los problemas explica la fase política ahora iniciada.

En este contexto viene al caso evocar la historia. Rápidamente

dos experiencias se destacan en la medida que por errores de apreciación, cometidos por los principales operadores internacionales, el mundo fue conducido a situaciones límites que hubieran sido perfectamente evitables de haber imperado una lógica más flexible y criterios políticos más lúcidos. Nos referimos a la Alemania de los años '20 y a la Rusia pre-revolucionaria.

Sabido es que en Alemania el espíritu de los vencedores estuvo fuertemente condicionado por la vana búsqueda de una solución final para el problema alemán. Sólo los Estados Unidos habrían podido interceder, ante París y Londres, para amortiguar el peso de las reparaciones de guerra que pensaban reclamar. Finalmente, la derrota del Presidente Wilson impidió a Washington desempeñar el papel de garante del equilibrio militar europeo y los desmesurados pagos de reparaciones terminaron impulsando al nacionalismo alemán con los resultados ya conocidos.

En la Rusia de Kerensky el error fue trágico para los intereses ingleses, norteamericanos y franceses. Caía la monarquía zarista y el gobierno encabezado por Kerensky se vio enfrentado a una difícil disyuntiva: cumplir los compromisos militares (contraídos por la monarquía), que ligaban a Rusia con los aliados y en contra de Alemania, a riesgo de provocar el colapso del ejército, o hacer la paz para salvar la experiencia socialista democrática cuya alternativa era la revolución que impulsaba Lenin.

Aquí también es conocido el final de la historia, sólo que llama la atención la ceguera de los aliados al imponerle a Kerensky un esfuerzo militar que no estaba en condiciones de sobrellevar. Aquel hombre atormentado y envuelto en circunstancias límites, finalmente pidió ayuda y se dispuso a lanzar lo que sería su última ofensiva militar en el frente de Galitzia. El ejército, deteriorado moralmente, no soportó el desafío y afloró la crisis de disciplina que tantas veces se había pronosticado. Un ejército en retirada y desbordado no podía resistir la organización pacientemente armada por Trotzky.

Esta historia viene al caso porque en medio de estas jornadas y en los mismos días que se lanzaba la frustrada operación militar de Galitzia contra Alemania, una misión enviada por Washington —encabezada por Elihu Root— insistía en Petrogrado acerca de la necesidad de encarar un renovado esfuerzo militar en el frente de batalla. La posición de Root evoca el muy actual tema de la deuda, que tanto preocupa a la región, en la medida que se cambie sólo un término de la ecuación. Root, totalmente ignorante de las convulsiones de una sociedad en evolución y descontrolada, afirmaba en junio de 1917: "Si no hay lucha no hay préstamos".

Cerrando la tríada de problemas, y estrechamente vinculado con el problema de la deuda, hacemos alusión a los difíciles procesos de transición política que se desarrollan en América del Sur. Más allá de los obstáculos que ellos enfrentan, vinculados a la administra-

ción de pesadas herencias y a la imposibilidad de “lubricar” la pugna distributiva a través de crecimientos razonables, viene al caso señalar que estas sociedades se encuentran en los límites de su viabilidad histórica. Si en el corto plazo ellas ni logran compatibilizar crecimiento con justicia están condenadas a formas autoritarias de gobierno, a probables desmembramientos territoriales y a caer en la agenda del conflicto Este-Oeste. La formación de un “cuadrilátero de resistencia”, integrado por México,, Brasil, Venezuela y Argentina, es la única opción para estos países. En un mundo que vive sin régimen internacional, que es gobernado por superpotencias que ahora están enfrascadas en una nueva carrera armamentista de consecuencias impredecibles (v. g. la “guerra espacial”) y en donde reina el estado de naturaleza, que describía Hobbes, conviviendo con complejos mecanismos de interdependencia, América Latina debe generar suficiente poder regional y masa crítica para poder estar en condiciones de negociar formas más favorables de inserción en las complejas mutaciones de la estructura del poder, y de la estructura industrial. ¿Qué país de la región está en condiciones, solitariamente, de acceder a las nuevas tecnologías —como la electrónica, la telemática, la bioindustria, etc.— que condicionan la llamada tercera revolución industrial?

En este contexto, si bien se ha revalorizado el papel de la región, es necesario estar alertas para evitar la repetición de viejos errores, de encuentros frustrados o de utopías que luego originan frustraciones paralizantes. Los latinoamericanos somos muy proclives a los humores y así cuando sobrevienen épocas difíciles salimos a buscar la integración latinoamericana, luego, cuando la bonanza aparece y se nos abren los mercados, nuevamente nos olvidamos de los compromisos y caemos en la retórica complaciente.

Asia

Finalmente el conjunto de países asiáticos está lejos de presentar un bloque homogéneo. La zona del Medio Oriente tradicionalmente ha constituido un subsistema que vino a consolidarse y a adquirir papeles protagónicos a partir de 1973, contando con la ariete de la OPEP. Equivocadamente muchos creyeron que se había modificado la relación de fuerzas y que el mundo en desarrollo, con el apoyo del cartel petrolero, iba a revertir la ecuación del poder mundial. El petróleo brindó riquezas y generó cambios sociales profundos en los países árabes; hoy muchos de ellos importan capitales, ven caer sus reservas y todos están envueltos en el torbellino islámico que cataliza la búsqueda de identidad de pueblos desilusionados del socialismo laico (tipo Nasser) y sensibilizados por las riquezas y las expectativas que el petróleo generó. La prolongada guerra entre Irak e Irán simboliza esa lucha entre el paradigma socialista de los '50 y '60 y el proyecto islámico de los '70 y '80.

Indochina, envuelta en el conflicto chino-soviético, y la India, acosada por los problemas internos de nueva factura (como la rebelión de los Sikhs y la de Punjab) a los que se le agrega sus atávicos temores respecto de Pakistán y China; han perdido gran parte de su capacidad de influir decisivamente en el concierto sub-regional. Sólo los países de la ASEAN vinculados entre sí y conservando buenos vínculos con Japón y Australia, han logrado excelentes performances económicas vinculadas a los temas ya analizados. La desestabilización puede aparecer desde muchos flancos y ese escenario está relacionado con el éxito de la industrialización exo-dirigida, el comportamiento del mercado americano y el reciclaje industrial. Por otro lado ha decrecido allí el temor a la ingerencia China que en los '60 y '70 impulsó a movimientos guerrilleros: Pekín ahora mantiene buenas relaciones con la ASEAN y necesita de estos países en su conflicto con Vietnam y sus prolongaciones camboyanas. Para estos países el escenario prioritario es el Pacífico y muy difícilmente ellos incrementarán sus compromisos con el resto de los países en desarrollo; muchos temas los separan y poco los unen con las demandas tradicionales explicitadas en los sucesivos —y frustrados— diálogos Norte-Sur. Tal vez algunos países latinoamericanos estén en condiciones de entablar una relación de cooperación con la Cuenca del Pacífico, si ellos descubren la importancia de cambiar paradigmas y hábitos tradicionalmente orientados al Atlántico.

Esta última condición, el descubrimiento de la importancia de cambiar hábitos y paradigmas, está requiriendo un esfuerzo analítico a los operadores internacionales y ahora nos enfrentamos con el dilema de entender el contexto externo o sucumbir. Ese es el desafío de la segunda mitad de la década, de lo contrario llegaremos nuevamente a destiempo al *rendez-vous* que se está gestando en el mundo.